



## Capítulo 26

Delman, conocido como el Caballero Maestro de Caliban y el tercero de los cinco Grandes Espadachines, estaba de muy buen humor. Esto se debía a que, en esta reciente expedición, había matado a Khlkan, uno de los ocho jefes y, según los rumores, uno de los más fuertes entre ellos. Por supuesto, el método que utilizó para matar a Khlkan era algo que ni Caliban ni los bárbaros reconocerían jamás. Desafió a Khlkan a un duelo y, cuando este salió solo, Delman utilizó soldados ocultos, diversas trampas y veneno para matarlo.

Aunque Caliban y los bárbaros estaban en guerra, siempre respetaban el honor del otro en la batalla, por lo que las acciones de Delman eran escandalosamente deshonrosas. Sin embargo, en lugar de sentirse culpable por su engaño, Delman sonrió al pensar que ya no tendría que ceder su tercera posición a Deus, uno de los cinco espadachines recién incorporados. Con ese pensamiento, masacró a todos los bárbaros que estaban presentes en la escena, sin dejar a nadie con vida.

Esto habría sido imposible para él solo, pero los numerosos soldados que había apostado fuera, para que no presenciaran el duelo, lo hicieron posible. Delman había conseguido méritos con éxito, y ahora solo le quedaba regresar e informar de sus logros. Mientras regresaba a una de las bases avanzadas de Caliban, vio algo que lo detuvo.

Lo vio.

Un hombre con el pelo rojo, a juego con el poder simbólico del fuego, permanecía de pie con expresión tensa. Él y sus caballeros de la Llama Roja miraban fijamente la base, o lo que solía ser la base. El lugar se había convertido en un páramo. La tierra gris estaba manchada de sangre roja, las ruinas yacían esparcidas y miles de cadáveres cubrían el suelo como si no fueran nada. Sin embargo, lo que atrajo toda su atención no fueron las ruinas, sino el hombre que se encontraba en medio de todo ello.



Vestido con la característica ropa de cuero de los bárbaros, se erguía orgulloso en el centro de la base en ruinas. Cuando Delman se volvió para mirarlo, el hombre también dirigió su mirada hacia Delman y comenzó a caminar hacia él. A simple vista, parecía que el hombre estaba invitando a su propia muerte, ya que Delman no solo tenía a cien caballeros, sino también a innumerables soldados a su lado. Por muy fuerte que fuera este jefe bárbaro, no podía enfrentarse solo a una fuerza tan grande.

### Configuración de privacidad

Sin embargo, a pesar de reconocer las abrumadoras probabilidades, la expresión de Delman estaba llena de tensión. La primera razón era el estado de la base, ahora reducida a ruinas, y la segunda era el aura.

Aunque Delman había cometido un acto deshonesto, seguía siendo un maestro espadachín, alguien capaz de cortar la cima de una montaña de un solo tajo y acabar con la vida de docenas de bárbaros de un solo golpe. Y, como tal, podía sentir claramente el extraordinario aura que emanaba de este hombre.

Y entonces...

«¿Eres Delman?».

La voz del hombre resonó, una voz que no parecía humana, y solo con escucharla por un momento, Delman se estremeció hasta lo más profundo. Delman recuperó rápidamente la compostura e instintivamente levantó su espada de aura mientras respondía:

«¿Quién eres?».





«Entonces respóndeme, Delman. ¿Por qué profanaste el sagrado y honorable duelo?»

«¿Qué?»

«Respóndeme. ¿Por qué mancillaste el gran y sagrado duelo, la honorable lucha entre dos guerreros?».

«.....»

«Habla».

Al oír las palabras del bárbaro, Delman se dio cuenta de que el hombre se refería a su duelo con Khlkan, y respondió:

«Ja, esto es un campo de batalla. ¿No es una tontería creer en un duelo en un lugar así?».

El bárbaro miró fijamente a Delman, imperturbable, y volvió a hablar:

«¿Cómo te atreves a hablar así del gran duelo?».

Su voz estaba llena de evidente descontento.

«Ya te lo he dicho, esto es un campo de batalla».

«Esta es tu última oportunidad, humano, guerrero de considerable fuerza. Lucha conmigo en un duelo. Si ganas, te dejaré ir».



Ante la oferta del bárbaro de una última oportunidad, Delman no respondió, solo...

«Todos, prepárense para la batalla», ordenó a los caballeros.

Tan pronto como dio la orden, los caballeros y soldados desenvainaron sus armas al unísono.

Los caballeros de la Llama Roja, que habían luchado junto a Delman en numerosas batallas en la guerra del norte y los habían llevado a la victoria una y otra vez, lucían expresiones decididas mientras desenvainaban sus espadas y desplegaban sus auras.

Al observar esta escena, el bárbaro murmuró, como en señal de lamento y desdén:

«¿Es que los caballeros realmente no tienen honor?».

Con ese murmullo,

Crujido... Crujido...

Los cadáveres que lo rodeaban comenzaron a levantarse.

Configuración de privacidad

«¿Qué es esto?!»





Los caballeros se sobresaltaron por el repentino cambio, pero el fenómeno continuó independientemente de sus emociones.

Un caballero con la cabeza partida por la mitad.

Un soldado con la mitad del cuerpo destrozado.

Un jinete con la parte superior del torso cercenada.

Poco a poco comenzaron a despertar.

Y entonces...

«¡Duele, duele, duele, duele!».

«Mátame, mátame, por favor, te lo suplico...».

Los gritos de los muertos llenaban la tierra gris.

«Vosotros, mortales, sin siquiera el honor de vuestro nombre, sois innecesarios en este mundo».

Esa presencia se desvaneció.

«¿Qué?!»

Ni siquiera Delman, que había entrado en el reino de lo sobrehumano, podía seguirle el ritmo.

Cuando Delman intentó tardíamente blandir su espada, se dio cuenta en ese momento...







Su brazo había desaparecido.

«¡Aaaargh!».

El grito de Delman resonó y los soldados que aún no habían comprendido la situación finalmente entendieron lo que había sucedido.

En solo un instante, el Maestro Caballero y la mayor parte de su orden caballeresca habían sido aniquilados.

El pánico se extendió como una plaga entre los soldados, robándoles la voluntad.

Configuración de privacidad

«¡Ah, aahhh!».

El terror que se apoderó de sus corazones se extendió rápidamente, dejándolos paralizados.

En medio del caos de la masacre, Delman, que había perdido un brazo, miró al bárbaro con incredulidad.

«¿Quién... quién eres?».

El bárbaro, no, el dios de todos los bárbaros y padre de los duelos, Ultultus, aplastó los órganos internos de Delman con sus ásperas manos, terminando su tarea.



Miró a Delman, que yacía bajo su mano.

Un momento después...

«¡Duele, duele, duele, duele!».

Aunque sus órganos internos estaban completamente destrozados, Delman se levantó de nuevo, escupiendo sangre sobre el campo nevado gris y gritando de dolor como los demás.

Satisfecho, Ultultus sonrió mientras hablaba:

«Todos ustedes, bárbaros reunidos»,

Dirigió su mirada a los soldados supervivientes, que estaban paralizados por el terror.

«Demuestren su valía en un duelo».

Y luego,

«Demuestren que no son salvajes».

Les propuso un duelo,

«Si lo hacéis, os concederé una muerte honorable».

En el coliseo manchado de sangre y construido con cadáveres...





\*\*\*

El maestro caballero y discípulo de la Cuarta Espada, Vilan, no podía entender la situación actual.

La razón por la que había venido aquí hoy era simplemente para ayudar a su amigo Carmine, que también era un proveedor muy valioso, ocupándose de cierto noble del Reino de Asteria.

Por supuesto, dado que los seis reinos estaban unidos bajo el Reino de la Unión, normalmente, incluso si el noble era de otro país, debería haber mostrado cierto nivel de cortesía.

Un paso en falso podía convertirse rápidamente en un problema internacional.

Sin embargo, la razón por la que Vilan había aceptado la petición de Carmine sin dudarlo no era solo por el objeto que Carmine le había ofrecido. Tras considerar las circunstancias, Vilan pensó que no había posibilidad de que la situación se agravara.

Había tres razones para su juicio.

La primera era que, de los seis reinos de la Unión, Caliban, que constantemente repelía a los bárbaros del norte, era el que tenía más influencia.

La segunda era que los rumores sobre el conde Palatio aún no se habían vuelto a difundir, lo que significaba que su reputación seguía siendo la de un noble imprudente que solo se había convertido en conde por pura suerte y que no tenía conexiones en Caliban.



## Configuración de privacidad

La tercera era que, incluso si la situación se torcía, Vilan creía que su maestro, Fiola, que se encontraba en la cima de Caliban, de alguna manera arreglaría las cosas.

Aunque no era tan dotado como Deus, Vilan tenía talento con la espada y siempre había estado bajo la protección de su maestro.

Teniendo en cuenta estas tres razones, Vilan pensó que no habría ningún peligro para él en tratar con el conde Palatio y, sinceramente, su juicio no era erróneo.

Sin embargo, había algo que Vilan no sabía.

Y eso era...

iCrack!

«iUf!».

El conde Palatio era, de hecho, un benefactor de Deus Macallian, un maestro caballero aclamado actualmente como héroe en Caliban.

—iGuh...!

Deus se había ganado el apodo de «El Sin Espada» tras derrotar en un duelo a Kurga de los Campos Nevados, uno de los ocho jefes tribales.





«¡Aagh!».

Vilan, que había sido empujado contra un árbol, gimió con una expresión de miedo y rebeldía mientras intentaba hablar...

«¡E-espera! ¡Lord Deus...!».

—pero no pudo terminar.

La pierna de Deus le golpeó en el estómago antes de que Vilan pudiera abrir la boca.

Los caballeros de Yuzon, que acababan de mostrar su respeto, instintivamente intentaron desenvainar sus espadas al ver la escena, pero...

«En cuanto desenvainen sus espadas, dejaré el resto a su imaginación».

«...!»

Con solo girar la mirada y pronunciar esas palabras, los caballeros contuvieron el aliento en silencio, y entonces comenzó la paliza unilateral.

Al ver esto, Alon, que permanecía de pie con una expresión impasible mientras Deus golpeaba sin piedad a Vilan, pero por dentro estaba lleno de una profunda sonrisa de satisfacción.

«¡Has crecido tan bien...!»



Alon miró a Deus como si fuera un padre que veía crecer espléndidamente a su hijo.

... No es que ningún padre se sintiera orgulloso al ver a su hijo golpear sin piedad a otra persona, pero Alon sintió algo parecido al orgullo paternal en ese momento.

En realidad, era más que eso: incluso sintió una extraña sensación de gratitud.

Alon había estado pensando durante todo el camino a Caliban que probablemente Deus no le tendría mucho cariño.

Quizás Deus lo toleraría, pero Alon pensaba que eso sería todo, sin esperar nunca ningún sentimiento más profundo.

Configuración de privacidad

Después de todo, Alon nunca había tenido una conversación personal con Deus y, lo que es más importante, Deus nunca le había escrito ni una sola carta.

Así que, cuando Deus se refirió a él como su benefactor, Alon sintió que todo el esfuerzo que había dedicado a criar a Deus finalmente había sido recompensado, y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

«Golpea bien».

«Cierto».





Al ver a Deus destrozar a Vilan en tiempo real, Alon esbozó una sonrisa tranquila y, tras unos tres minutos, sintió como si le hubieran quitado un peso del corazón.

Alon estaba profundamente agradecido a Deus por haber llegado tan lejos.

Pero cinco minutos después.

«Cuenta».

«¿Qué?»

«¿No va a morir?»

Alon, sintiendo que algo andaba mal, observó cómo Deus golpeaba sin piedad a Vilan, quien se aferraba patéticamente a sus piernas, llorando y suplicando perdón.

«No puede ser. ¿Lo haría?».

«Bueno, sí...».

Aun así, Alon siguió pensando: «Seguro que no lo matará», mientras observaba cómo Deus le daba una paliza durante otros cinco minutos.

Después de confirmar que el rostro de Vilan estaba ahora tan desfigurado que ya no se parecía a la expresión astuta que había mostrado solo diez minutos antes, Alon rompió a sudar frío y de repente recordó.



El Deus que tenía delante...

«Oh...?»

—era uno de los Cinco Grandes Pecados.

Por supuesto, eso no significaba que el sentimiento de gratitud hubiera desaparecido.

No había desaparecido, pero...

«Es bonito que haya llegado tan lejos por mí, pero...».

Alon observó cómo Deus, dejando atrás al medio lisiado Vilan, caminaba hacia él.

«Estoy a tu servicio».

Inclinando la cabeza como si fuera lo más natural del mundo, Alon se percató de que los soldados y caballeros murmuraban ante la escena.

«Eh», pensó Alon, mirando a Vilan, empapado en sangre.

«¿No es esto un poco... excesivo?».